

Porque sabe el cristiano que no hay otro camino que le conduzca al cielo, que la abnegación y la cruz.

*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*¹. Y sabe también que las tribulaciones y miserias de la vida, nada son en comparación del cielo que le aguarda².

¡Qué consuelo no da al cristiano aquella magnífica frase de San Pablo!

*Sabemos que para los que aman á Dios, todas las cosas contribuyen á su bien*³.

Así es que para el cristiano existe un más allá, después de la muerte, real y verdadero, en el cual serán corregidos todos los desórdenes, castigadas todas las injusticias de aquí abajo; fin último, real, vivo é inmortal, al que deben estar subordinados todos los fines parciales del hombre aquí en la tierra. Suprimid el fin último en el que se resuelven todas las cosas, y el género humano no es más que un enigma cruel é inexplicable. Sin la vida futura es el hombre el animal bípedo más desgraciado entre todos los animales.

Pero esto no se opone á que el hombre pueda aspirar á una dicha y felicidad parcial en esta vida; y deber es de toda autoridad, y de toda organización social, dar al ciudadano sólida garantía para ello, pues como hemos visto, la verdadera civilización de un pueblo consiste en proporcionar, á los individuos que lo constituyen, el mayor número posible de medios para que consiga su último fin. Desenvolvamos más esta proposición, considerándola bajo el aspecto económico y temporal de los pueblos.

Consistiendo la perfección de la sociedad, en último término, en la perfección del hombre, cuanto más contribuya á la perfección de los individuos que la componen, más perfecta y civilizada será la sociedad ó pueblo. Luego la perfección de la sociedad consistirá prácticamente en la organización más adecuada, para obtener el desarrollo simultáneo y armónico de los individuos que la constituyen. Ahora bien; al hombre lo constituyen la inteligencia, cuyo objeto propio es la verdad; la voluntad, cuya regla propia es la ley moral, y la sensibilidad, cuya satisfacción consiste en el bienestar material. Luego aquella sociedad será más perfecta ó civilizada que proporcione más verdades á la inteligencia, más bien moral á la voluntad, y mayor número de satisfacciones legítimas á las necesidades físicas del hombre. No es difícil, después de lo expuesto, determinar el último término del progreso social ó civilización de un pueblo, diciendo que consiste, en *el mayor desarrollo posible de la inteligencia, de la moralidad y del bienestar entre el mayor número posible de hombres que le constituyen*. Pero obsérvese que como la verdad y no el error es el objeto propio de la inteligencia, el bien y no el vicio el de la voluntad, y el bienestar es

¹ *Si quis vult post me venire abneget semetipsum tollat crucem suam et sequatur me.* Math., XVI, 24.

² II. Cor. IV, 17.

³ *Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* Ad Rom. VIII, 28.

efecto de una buena distribución del trabajo, resulta que en los pueblos ó sociedades en los cuales se establezcan la absoluta libertad para el bien y la verdad, la absoluta represión para el vicio y el error, y la buena organización social del trabajo, existirá la verdadera civilización ó perfección social. Además, dichas tres condiciones son indispensables: si falta alguna de ellas, ya la perfección social no es posible. En efecto, no será civilizado un pueblo que, aunque sea inteligente, se halla desprovisto de moralidad y de bienestar material. Tampoco lo será, aun cuando reine la moralidad en él, si al mismo tiempo domina la miseria y la ignorancia; pero mucho menos lo sería aún, si un pueblo fuese ignorante é inmoral, aun cuando abundasen en él las riquezas y bienestar material. En una palabra, un pueblo inteligente y moral, pero pobre y miserable, es digno de piedad; inteligente y rico, pero vicioso y crapuloso, es digno de desprecio; finalmente, rico y moral, pero ignorante, será semejante á un hombre rico, bueno, sí, pero tonto; lo que no constituye por cierto el ideal de la perfección humana en el estado civil.

PÁRRAFO II

Fin del hombre.—Doctrina socialista

Pero si á la pregunta del Catecismo «¿de dónde vengo, á dónde voy?», se responde como lo hacen los materialistas, padres legítimos de los socialistas, entonces la solución á *la cuestión social* debe ser otra muy diferente. ¿De dónde venimos?, pregunta Buchner en su obra titulada *Del lugar que ocupa el hombre en la naturaleza*. De una célula, responde, la cual viene de la evolución espontánea de la materia inorgánica, indestructible y eterna. ¿Qué somos? Un mono perfeccionado, sin distinción esencial entre el hombre y los demás animales: la diferencia solamente es de grado. Y ¿á dónde vamos?, pregunta finalmente. No á lo celestial, sino á lo terreno, ya que tierra somos y nada más. Estas son las respuestas que hoy dan, siguiendo á Buchner, Moleschot, Strauss, gran número de profesores de nuestros Institutos y Universidades, los cuales, faltando á las leyes de un Estado católico y á la misma probidad natural, enseñan á sus pobres discípulos el más craso materialismo. ¡En cuántos jóvenes y malogradas inteligencias se ha extinguido completamente la antorcha luminosa de la fe, por las materialistas explicaciones de sus profesores, que, prevaleciendo de la autoridad que les da su nobilísima profesión y de las mismas leyes, van poco á poco robando las creencias de sus jóvenes é inexpertos discípulos! ¡En cuántos corazones se ha perdido el germen de toda virtud, y ha ocupado su lugar el vicio y la corrupción desenfadada! ¡Pero lo más triste es que esas doctrinas han penetrado en el alma del pobre obrero, del jornalero, de aquel que, siendo verdadera imagen de Cristo, había pertenecido hasta hoy á la Iglesia!

Ahora bien; imbuido el pobre obrero en estas falsas doctrinas, no puede menos de convertirse en socialista y furioso anarquista. Y en esto, no hay que dudarle, son muy lógicos; porque si el fin último del hombre está en la tierra, si todo se acaba en el sepulcro, entonces el *gozar* es nuestra ley suprema; la *necesidad* toma el lugar del deber, la *regla* de nuestras acciones y la *medida* de la justicia. Si el hombre no es más que un animal perfeccionado, tiene como los demás animales el derecho de satisfacer todos sus apetitos, porque su fin supremo es el mayor *goce animal*. Sentados estos principios, no es difícil deducir de ellos que todo sistema social, que no resuelva en este sentido el problema, es altamente injusto, y por lo tanto, que la *justicia* exige su destrucción; que la propiedad individual, que se pone delante de mí como un obstáculo, es una injusticia, un verdadero robo, como dijo Proudhón; que la familia, el matrimonio cristiano, una con uno y para siempre, si se oponen como un obstáculo insuperable para la satisfacción de apetitos brutales, es otra injusticia; y la resignación y la paciencia en medio de las privaciones y sufrimientos que predicán los sacerdotes de Cristo, es una *cobardía*; sus ministros y curas unos farsantes y la Religión católica una impostura. Yo no sé lo que podrán contestar á estos razonamientos los *epicúreos* de este mundo, que pasan la vida en diversiones, bailes y orgías, derrochando los millones que robaron á la Iglesia, y que quizás han amasado con la sangre de los pobres.

Hubo un tiempo en el que los pobres, los obreros, los jornaleros y desgraciados según el mundo, tenían también sus bienes, su parte de herencia aquí en el suelo; esta parte consistía en el tesoro de todos los Santos de la Iglesia, en la esperanza de una feliz inmortalidad, y esta esperanza les bastaba para soportar con alegría, ó á lo menos con tranquila y apacible resignación, todos los trabajos y privaciones de esta miserable vida. Es verdad que los pobres jornaleros servían y trabajaban para sus amos lo mismo que los de hoy, pero se consolaban con la esperanza de que sus penas terminarían un día, al trocar los pesares de la tierra por las delicias del cielo; sufrían en medio de sus trabajos y gemían entre sus aflicciones, pero con la paciencia y con la resignación aumentaban el caudal de sus méritos, los cuales engrandecían y hermoseaban la perspectiva de la gloria sin fin que les esperaba; lloraban, es cierto, en medio de sus enfermedades y privaciones, pero sabían que las lágrimas derramadas delante del Señor y de su Santísima Madre brillarían un día como las estrellas del firmamento. La Iglesia católica, para asegurarles esta herencia inmortal, cuyo solo pensamiento los alegraba, llamábalos sus *hijos primogénitos*, los verdaderos nobles é hijos predilectos, imágenes vivas de Cristo, y este nombre los llenaba de noble y legítimo orgullo. Cuando los sacerdotes desde la cátedra del Espíritu Santo repetían las palabras de Jesucristo: *Beati pauperes, bienaventurados los pobres*, esta consoladora sentencia resonaba allí dentro, en el fondo de sus almas, y hacía que percibiesen ya de algún modo el eco de los cantares de la gloria. Reanimaban esta dulce y santa esperanza

con la oración, con la confesión y comunión frecuente. El domingo y días festivos, al par que proporcionaban al pobre obrero descanso y reposo para su cuerpo, le daban alimento para su alma con la asistencia á los divinos oficios y á las exhortaciones y prácticas doctrinales. «Entonces—exclama M. Woeste¹,—los obreros no eran ricos, pero no se consideraban desgraciados. ¿Habéis contemplado las escenas, los retratos pintados por nuestros viejos pintores realistas, los Teniers y los Van Dyck? El gozo y el contento reviven y se *desbordán* en sus semblantes. Fijad, por el contrario, vuestros ojos en los cuadros de los realistas modernos, los Degranz y los Combet, y veréis en todos ellos el descontento, la ira y la desesperación. Estas diferencias en el arte son imagen fiel de los dos estados sociales. Las fiestas de los gremios, con sus inocentes emociones y pompas populares, aumentaban el contento y alegría del pobre jornalero. Porque entonces todos los obreros, todos los jornaleros, se hallaban reunidos en gremios, y éstos tenían sus Santos patronos, sus peanas, sus reliquias, sus imágenes; y todos estos objetos sagrados les hablaban elocuentemente de sus deberes y de sus sublimes destinos». En efecto; el pobre todo lo puede sufrir y soportar mientras tenga la fe en Cristo, hecho pobre por nuestro amor y Dios de los pobres. El pobre jornalero trabajará sin descanso y aun con alegría, si fija sus ojos con fe viva en la humilde y rudimentaria estampa que representa el taller de Nazaret. La mujer más pobre de este mundo no se quejará, mientras ame con fervor á la afligida Madre de Dios é implore su poderoso patrocinio; y por más miserable que sea el cuarto ó la casita en donde viva, aunque carezca de todo y se halle abandonada de todos, será feliz, si en su mente existe el pensamiento de que Dios y su Santísima Madre conocen su triste albergue, y que le han enviado un ángel para consolarla y guardarla. Allí, allí, se puede vivir felizmente y morir sobre un montón de paja, mientras se sienta esta pobre paja removida por los ángeles, y á la cabecera del pobre jornalero moribundo esté el ángel del Señor para llevarse su alma al paraíso.

Así vivían y morían los obreros cuando en la sociedad reinaba Jesucristo, y en los fieles existía la creencia en la vida futura, en el cielo y en el infierno. Pero racionalistas y materialistas salidos del engendro satánico denominado Revolución francesa, arrancaron de las muchedumbres con perversas y mentirosas predicaciones de socialistas y anarquistas las enseñanzas del Catecismo que tan buenos y dichosos hacían en otro tiempo á los trabajadores; y ¿qué han conseguido?, ¿cuál ha sido el efecto de sus arengas? He aquí lo que con atrevida y lógica franqueza dice ya la clase obrera: «Vosotros nos aseguráis que no hay vida futura, que no hay cielo ni infierno, y que el Catecismo es un invento de los curas». Bien; puesto que la vida futura es un sueño, que el paraíso es una leyenda, dadnos un asiento en el banquete de la presente vida. «Es justo, les responden los

¹ Discurso en el Congreso de Obras Sociales celebrado en Lieja en 1890.

corifeos de la civilización moderna», y en todas partes se abren por millares las tabernas, los casinos, los teatros y las logias. Entran allí los pobres obreros, y toman también parte en las conquistas del siglo XIX. Pero en las tabernas se embriaga y embrutece el pobre obrero, y sale de tales antros con más sed de la que había entrado; el casino y el teatro entretienen y encantan, pero arruinan al pobre obrero; las logias hacen viles esclavos y desgraciados, pero no hombres libres y dichosos. Después de tantos beneficios que al fin y al cabo enriquecen al tercer estado y arruinan al pobre obrero, las clases proletarias se manifiestan más insaciables que antes, y continúan gritando: «ya que no hay paraíso, queremos la tierra». Es sorprendente, contesta la sabiduría moderna, «quizás no haya bastantes escuelas»; y por todas partes se abren centros de instrucción y escuelas gratuitas para los obreros; pero con el fin de que las ideas religiosas no turben y confundan al pobre obrero, se quitan de las escuelas como en Francia los signos de la Religión católica; se borra hasta el nombre de Dios en los manuales que se ponen en las manos del pobre jornalero; en una palabra, se abren, como hoy día se dice, escuelas laicas. Pero la instrucción se dirige á la inteligencia y no á la voluntad; el saber leer, escribir y cuentas no hacen al hombre honrado; y el pobre obrero sale de las escuelas laicas y obligatorias con más hambre de oro y de placeres que tenía en el estado de su ignorancia. «Puesto que no hay vida futura, puesto que no hay paraíso, prosiguen, según enseñan vuestros manuales, dadnos la parte que nos toca en el banquete de la vida». ¡Cómo!—exclama el socialista y anarquista,—¡tú rico y yo pobre! ¡En tu casa reina la opulencia y la fortuna, y en la mía la miseria y la indigencia! Yo trabajo todo el día y no puedo dar de comer á mis hijos, y tú, ocioso, banquetas hasta las altas horas de la noche! Yo que cumplo con mi obligación, soy un miserable, un desgraciado, y tú que eres un malvado, triunfas, gozas y ríes. ¿Y queréis que yo—continúa diciendo el socialista,—que yo acepte la desigualdad social y la injusticia social, si no hay cielo en el que se haga justicia, y justicia rigurosa? ¿Queréis que yo acepte y que encuentre bien ordenado un mundo en el que veo á un lado á los que siempre gozan, y en el otro á los que siempre sufren? No: «puesto que no hay cielo é infierno, dadme la parte que me toca en el banquete de la vida». ¿Qué responderá á esto el racionalista masón, que se ha enriquecido con los bienes de la Iglesia, el materialista de guante blanco, por cuyas predicaciones y sofismas se halla el desventurado obrero sin fe y esperanza en la otra vida? ¿Qué responderán cuando así se habla? ¿Responderán tal vez que ya tienen bastante, que ya tienen su parte en el banquete de la vida? Eso no; eso no satisfará al obrero á quien han arrancado las creencias que antes le hacían dichoso y feliz. «Puesto que no hay cielo, dirá, quiero la tierra y la tendré».

Y en parte la ha pedido ya con la tea y el puñal, y la volverá á pedir con el fusil en la mano. Y no hay que forjarse ilusiones; al socialismo y anarquismo ya no se le vence con bayonetas. Venrán días espantosos, si

no se procura impedir la propaganda del masonismo, esto es, del naturalismo y del materialismo entre la clase obrera; si no se procura establecer otra vez la unidad católica en nuestra patria, esto es, la libertad completa para la verdad y para el bien en todas las esferas, y la represión más absoluta para el error y para el mal. Es necesario volver á la enseñanza práctica del Catecismo, tanto entre los ricos como entre los pobres; es necesario santificar el trabajo, si no queremos tener pronto aquí abajo una vida insostenible, un infierno, principio del que durará por toda la eternidad.

PARRAFO III

Afinidad entre el naturalismo político y el socialismo

Si hasta hace poco tiempo en la Iglesia católica se hallaban los pobres obreros, los desheredados de la fortuna, los desgraciados todos, formando la parte más selecta y privilegiada, ¿quién es el criminal que los ha arrancado del dulce regazo de la Iglesia? ¿Quién les ha robado la fe de sus almas, haciéndolos infelices y desgraciados? ¿Quién los ha transformado de humildes y sencillos en bestias feroces que no respiran sino odio y destrucción? Responde por nosotros á dichas preguntas un católico alemán, el P. Cathrein, en su opúsculo titulado *El socialismo*¹.

Los socialistas mismos sostienen que no han hecho más que deducir las conclusiones lógicas de los principios asentados por los liberales, y en el campo católico también muchas voces han culpado al liberalismo de la paternidad del socialismo. Los liberales, empero, declinan, llenos de horror é indignación, la dudosa honra de esa paternidad. El liberalismo, dicen ellos, son partidarios, no quiere abolir la propiedad, sino solamente emanciparla; lejos de aspirar á una organización del trabajo productivo, que sería la esclavitud universal, pide libertad ilimitada para todo el que quiera trabajar.

A pesar de estas seguridades, creemos que con plena razón se puede y aun se debe llamar al socialismo *hijo legítimo del liberalismo*, por más que éste se avergüence de esta paternidad. Pregúntese solamente si los principios establecidos por los liberales conducen en su desenvolvimiento lógico á las teorías socialistas ó no; á esta pregunta creemos deben contestar con un *si* sin restricciones ni reservas.

La raíz más honda del socialismo es el modo atea y materialista con que contempla el mundo. Es verdad que muchos de los que han perdido la fe en Dios prefieren llamarse partidarios del monismo, para poder rechazar el nombre odioso de *materialistas*. Poco importa eso para la cuestión misma. Pues lo mismo da divimar á la materia que materializar á la divinidad, ya que tanto en el uno como en el otro de los sistemas, *monista* y *materialista*, va incluida la semilla venenosa del socialismo.

Supuesto que con esta vida se acabe todo, y que el hombre no tenga otro destino señalado á su existencia distinto del que tiene cualquier otro mamífero que se arrastra por el polvo ó por el lodo de la tierra, ¿quién se atreve á exigir á los pobres y oprimidos, cuya vida desde el primer aliento hasta el postrero es una lucha continua por la existencia, que pacientes y resignados sobreleven su

¹ Traducido al español por D. E. Vogel, art. III. *Relación entre el socialismo y el liberalismo*, pág. 71.

dura suerte, mirando tranquilos cómo los demás visten siempre seda y púrpura, y se sienta cada día á mesas cubiertas de riquísimos manjares? ¿Quién les va á enseñar, valido de criterio ateaista, ser justo y bueno que los unos vivan una vida de miseria y de privaciones, y los otros naden en la abundancia de todos los deleites, siquiera todos tengan la misma naturaleza? ¿Y qué, si esta naturaleza no suministra razón alguna por la cual los bienes de este mundo hayan de pertenecer más bien á unos que á otros? A fe que si fuera admisible el criterio ateaista y materialista, nada razonable se podría objetar á los socialistas, cuando exigen que los bienes y goces de la tierra sean repartidos entre todos con la mayor equidad posible; pues entonces sería reprochable que unos pocos habitasen soberbios palacios y gozasen sin trabajo todos los placeres del cuerpo y del espíritu, mientras otros viven apiñados en malsanos subterráneos ó estrechas boardillas, consiguiendo apenas con todas sus fatigas ganar el pan necesario para acallar el hambre que los atormenta.

¿Quién es, pues, el que ha predicado y fomentado el ateísmo en todas sus manifestaciones? ¿Quién ha combatido al cristianismo por todos los medios, y tratado de privarle de su benéfica influencia en la escuela, semillero de la generación futura, y en toda la vida pública de los Estados? ¿Quién es el que ha promulgado como dogma el más extremo darwinismo, guisándolo á gusto aún de la más infima plebe? ¿Quién predica aun hoy, de palabra y por escrito, en la cátedra y en las reuniones públicas el ateísmo más crudo? ¿Quiénes han de ser, sino los partidarios del liberalismo, desde los enciclopedistas del siglo pasado hasta los catedráticos de Universidad de nuestros días, que combaten y escarnecen la fe en Dios y en nuestro Redentor Jesús, como conseja que debe relegarse para siempre al interior inculco de las selvas? *In quo peccaverint castigabuntur*. En lo que pecaren serán castigados.

La segunda base del gran partido de la Revolución es el *fanatismo igualitario*. El socialista que proclama la igualdad absoluta y efectiva de todos los hombres, no se aparta un ápice de los principios del liberalismo, pues se limita á sacar de ellos conclusiones prácticas. ¿Quién ha inventado la divisa libertad, igualdad y fraternidad, y glorificado con ella la Revolución francesa como derecho y hasta como deber? Fueron los partidarios del liberalismo. Los caudillos de la revolución, tanto jacobinos como girondinos, precursores dignos de los modernos liberales, que se complacen ahora en vaguedades, tenían siempre en la lengua las palabras *libertad é igualdad*. A nombre de esa libertad é igualdad se destruyó el orden antiguo, se anularon los privilegios de la nobleza y del clero, se borró hasta la memoria de las instituciones abolidas mediante una división nueva del territorio, se declaró soberano al pueblo, y se asesinó, por fin, «al ciudadano Capeto» en el cadalso. Por de contado, cuando las riendas de la cosa pública pasaron luego á manos de la burguesía liberal, ésta mandó hacer alto á los que pretendían sacar las consecuencias últimas de su sistema. Después de haber perseguido á la Iglesia y aniquiládola en cuanto Dios les consintió, se quiso, siguiendo las indicaciones de Robespierre, introducir el culto de un Ser supremo, á fin de tener á raya á las muchedumbres desenfrenadas. Después de haber hecho presa en los bienes de la Iglesia y de la nobleza, y enriqueciéndose con la fortuna de la nación, se ordenó en la Constitución: «La propiedad privada es sagrada é inviolable». Después de haber abolido la aristocracia de la sangre y de la religión, se quiso ver acatada una aristocracia del talento y de la riqueza. ¿Acaso, obrando así, no renegaban de sus propios principios? ¿Tenían, por ventura, el derecho de exigir al pueblo que se diese por satisfecho con esa igualdad, que si bien le otorgó una libertad *formal*, le privó al mismo tiempo, y en virtud del mismo principio, de todo amparo contra la nueva tiranía del oro, entregándole, por fin, hecho una masa confusa de obreros «libres» á merced de los capitalistas, que, prevalidos de la misma libertad, habían acumulado en sus cajas las riquezas de la nación? ¿No tenía más bien el pueblo razón para exigir que por fin se estableciese formalmente la decantada igualdad y fraternidad? Opinamos que sólo se requiere una cantidad muy exigua de sano juicio para dar la debida respuesta á estas preguntas...

Y añade el P. Cathrein:

Cuando nosotros decimos estas amargas verdades al liberalismo, culpándolo de haber engendrado el socialismo y criádole á sus pechos, no es nuestra intención abogar por las pretensiones exageradas de los socialistas. El fin de este artículo no fué otro sino demostrar que, existiendo una afinidad íntima entre el socialismo y el liberalismo, no cabe imaginar que aquél sea capaz de combatir á éste seriamente. El liberalismo no conoce más que un arma contra el socialismo, y es la policía; no bien pretende impugnarle con otras, se descubre al instante cuán inconsecuente es su proceder con un sistema engendrado en sus propias entrañas. El que desee combatir de veras al socialismo y sanar el cuerpo de nuestra sociedad con remedios eficaces, abjure del liberalismo, vuelva confiado al terreno del cristianismo íntegro é incondicional.

La opinión del P. Cathrein es la común de los publicistas católicos, y entre los españoles tenemos la del profesor de Derecho natural en la Universidad de Valencia, D. Rafael Rodríguez de Cepeda, que en su opúsculo *Las clases conservadoras y la cuestión social*, pág. 18, escribe lo siguiente:

Por último, no poco ha contribuido el mismo poder del Estado á la propagación de estos males con las erróneas doctrinas acerca de la libertad individual difundidas por la Revolución francesa y aceptadas por las legislaciones modernas, y con la separación que ha ido marcándose más cada día entre el Estado y las ideas religiosas, que es el primero que tiene el deber de propagar y de las que debe ser el primero en dar ejemplo. Todo ello ha dado margen á ese nefando sistema condenado por S. S. León XIII en todas sus Encíclicas, pero principalmente en la *Liberitas* con el nombre de liberalismo, que consiste en dar completa libertad al mal, y aun más, en llegar á considerar como derechos inviolables (cosa absurda!) la defensa y propagación de las doctrinas más demoleedoras del orden social en el terreno religioso, en el moral y en el de la misma organización de la sociedad. De ahí la nube de periódicos irreligiosos é impíos, de publicaciones socialistas y de las pornográficas é inmorales que á grandes dosis están envenenando y embruteciendo, no sólo al pueblo, sino también á las demás clases sociales. De ahí en gran parte la propagación de esta inmoralidad que va subiendo como una marea que todo lo cubre de vergüenza y de podredumbre. De ahí también los gérmenes de debilidad y de degradación que, por desgracia, vemos cundir por todas partes, y que amenazan hasta el mismo porvenir de nuestra patria, como el de otras naciones de Europa.

Como la afinidad é íntimo parentesco entre el naturalismo político y el socialismo y anarquismo, es un punto que, principalmente en nuestra patria, conviene muchísimo dar á conocer y divulgar entre los obreros de los Círculos Católicos, de aquí que consideramos oportuno corroborar lo dicho con lo que escribe el ilustre filósofo D. F. M. Orti y Lara en la Introducción al *Problema social* de F. Hitzte.

¿Qué es la causa de la rápida y universal propagación de la idea socialista? Porque no puede dudarse que el socialismo ha invadido todas las naciones modernas con asombrosa rapidez y en proporciones que espantan. En los principios, á los ojos sobre todo de entendimientos vulgares, el socialismo era sólo una cuestión puramente económica, simple conflicto entre el capital y el trabajo, ó sea entre ricos y pobres, que aspiran á realizar la igualdad en la posesión de los bienes de fortuna; pero después se ha visto con harta claridad, que esta última tendencia es la expresión pública y social del materialismo y del ateísmo infiltrados en las masas. Un ilustre diputado católico alemán (Joerg) ha dicho del socialismo que es un nuevo islamismo fanático, pero sin Alá ni Providencia... Prueba evi-

dente de esta verdad es: 1.º, que sólo en esas naciones, que no en las que todavía están sentadas en las tenebラス del gentilismo, ha aparecido la idea socialista y comunista en la forma que da ser propio y específico al socialismo moderno, mil veces todavía peor que el paganismo antiguo; porque es un paganismo sin Dios, sin revelación de Dios, sin presentimiento de redención y sin esperanza de reconciliación...; y 2.º, que dadas las mismas condiciones políticas, el socialismo se ha difundido principalmente en las naciones donde antes ha circulado con mayor profusión el ateísmo. Así, es innegable que el progreso del socialismo y anarquismo está en razón directa del progreso de la impiedad... Ahora bien; ¿no son, por ventura, la casta de los *burgueses* y el Estado moderno que la engendra y acaricia, los verdaderos autores ó cómplices del mal? Tocante á la primera, es cosa sabida que de ella han nacido y en ella principalmente circulan las ideas más disolventes. «¿Quiénes son si no los que han apoyado el ateísmo en las ciencias y la filosofía?», preguntaba no hace mucho el diputado socialista Bebel. «Acaso», añadía, «¿han sido los socialistas?» Pero Egard y Bruno Beuer, Feuerbach, David Straus, Ernesto Renán, no son demócratas socialistas; sus ideas son *burguesas*, casi todos ellos pertenecen al partido liberal. Yo os pregunto, señores: ¿quién ha comprado las cuatro ediciones del libro de Straus, *La antigua y nueva fe?* Estos libros son harto caros para que puedan comprarlos los obreros; nuestros adversarios declarados, es decir, la *burguesía liberal*, esos son los que los compran. Por nuestra parte, lo que hacemos es aceptar las doctrinas ateísticas que otros enseñan, y difundirlas entre las masas... Á cuyas notables palabras contestaba en el Parlamento alemán otro diputado, por nombre Haenel, protestante por más señas, y progresista, haciendo esta confesión, no menos notable: «Triste cosa es ésta, decía, pero el patriotismo me obliga á confesarla; las armas de que se sirven los socialistas les han sido suministradas por nosotros; y aun debo decir, que en este instante esas armas se hallan en manos de muchos que pertenecen á los partidos del orden y á las clases elevadas de la sociedad... Seamos sinceros; la tendencia irreligiosa viene de nosotros, de nuestra literatura, de la actitud de las clases ilustradas para con sus respectivas Iglesias... ¿Qué diré de los cargos que hacemos á los socialistas en orden al matrimonio y la familia? Volvamos la vista á las obras literarias que circulan en las clases elevadas, que ellas os darán testimonio de la depravación de sus afectos. ¿No habéis reparado que hasta en los anuncios de ciertos diarios se ven ofendidas gravemente aquellas instituciones que son el más preciado tesoro de la nación? Con relación á nuestra España, he aquí una confesión preciosa debida á la noble ingeniería de un diputado liberal: *Debemos darnos prisa, decía el difunto Sr. Moreno Nieto en un discurso ante el Ateneo, á restablecer las grandes potencias morales y las creencias religiosas, cuyo influjo hemos procurado hasta ahora rebajar y aun suprimir...*

¿Y qué diremos nosotros de la complicidad del Estado moderno en la generación y difusión del socialismo? Porque no se contenta únicamente ese Estado con el *laissez faire, laissez passer*, que le aconseja la Economía política, ó sea, que se cruce de brazos ante las abominaciones del capitalismo, después de haberlos atendido, obediendo también á la Economía política liberal para incurrirse de los bienes ajenos, conviene á saber, los bienes de la Iglesia y de los pobres, etc.; sino que, abandonando esa actitud pasiva cuando se trata de bienes superiores al orden económico, se constituye en dispensador de ellos, como quien es fuente única de progreso y civilización, encadenando si le fuera posible, para que sirva á sus miras terrenales, hasta á la misma Iglesia de Dios. Este es el panteísmo en la política, consecuencia precisa del panteísmo en la sociedad, ó sea del comunismo socialista que el mismo Estado condena en las capas inferiores de la sociedad. No es, pues, maravilla, que el panteísmo sea la doctrina favorita de la enseñanza oficial, especialmente en España.

Esto escribía D. J. M. Ortí y Lara en 1880: hoy debe añadirse, que la doctrina favorita de la enseñanza oficial en las escuelas de filosofía y medicina, es el positivismo y materialismo, donde tanto han privado y todavía

privan los discípulos de Krause y Ahrens, panteístas y comunistas declarados...

El mismo Hitze afirma en la obra citada que la afinidad entre el liberalismo y el socialismo es teórica y prácticamente cierta. Y después de probar que los dogmas fundamentales de ambos partidos son idénticos, añade: «Hoy por hoy, sin embargo, la historia y la experiencia nos autorizan á creer que *mientras sean los hombres lo que en la actualidad son, el colectivismo no será capaz de salvar la sociedad*».

Error común á todos los sistemas socialistas y comunistas de los tiempos antiguos y modernos, es desconocer la humana naturaleza y su destino, precisamente porque les falta la inspiración cristiana. No conocen lo que es el hombre, porque ignoran ó pretenden ignorar el hecho del *pecado original* y su influencia en la manera de ser del humano linaje; no conocen su destino, porque olvidan que el hombre nace para otra vida, en cuya comparación la presente no es más que un lugar de doloroso tránsito, y esta ignorancia les hace incurrir en el error de pretender labrar la dicha de la sociedad humana. Finalmente, el mismo Hitze añade:

Debemos, no obstante, observar que el padre de este nuevo error es el *liberalismo*, ó sea el racionalismo liberal, cuyo legítimo heredero es el socialismo. Aquél no quiere reconocer la influencia del pecado en el desarrollo de la historia, y como enemigo declarado que es de los misterios cristianos, niega el *misterio del mal*, como lo llama el Apóstol de las gentes. Conforme con su doctrina, niega la necesidad de la gracia, y por tanto, de la redención, siquiera tenga que declararse vencido por el pecado en la historia y en la vida, presentándole, para disculpar su existencia, como *límite de la finalidad*, como *consecuencia necesaria del desenvolvimiento de la historia, y hasta como condición de lo bueno*.

Pero sin duda no echó de ver que, al desvanecer así la idea del pecado, pierde uno de sus más principales factores en el desenvolvimiento de la historia y de la política, y le falta una de las primeras condiciones de la vida: el conocimiento del hombre y de sí mismo, que es remedio eficaz de no pocos errores. Eso mismo le hace buscar en experimentos inútiles los medios de evitar la maldición del pecado, y de aminorar, á lo menos, sus destructores efectos. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, la tierra dará espinas y abrojos.

Sus mismos errores contribuyen á hacer más patente la existencia de la culpa, ante cuya irresistible fuerza se *derrumban los soberbios castillos de estos salvadores del mundo*, y es más penetrante el grito de su conciencia que les dice: «Aquí no hay lugar para vosotros; abandonad vuestros planes, tan soberbios como estériles». En vano se esfuerza en repetir el liberalismo: «Hemos vencido; ved lo que hemos creado; levantad arcos de triunfo para celebrar nuestra victoria», porque no lejos aparecen los ejércitos del cuarto estado, con la rabia en el corazón y las señales de la miseria en su cuerpo, y todos á una gritan: «¡Venganza contra nuestros opresores! ¡Maldición sobre vosotros, liberales *burgueses*, que nos prometéis felicidad para sumirnos en la miseria! ¿Dónde está la libertad que nos prometisteis? Nos llamasteis hermanos, y ahora os revolcáis en el lujo y en los placeres, mientras nosotros perecemos de hambre. ¡Hipócritas! ¡Traidores! Desde el trono de la felicidad no os acordáis de nosotros, que os hemos encumbrado; pues bien, tened por seguro que nosotros derribaremos vuestros tronos. Nuestro destino actual es insostenible: ó la felicidad ó el sepulcro. Mejor queremos morir en la pelea, sepultados bajo las ruinas de la sociedad, que vivir en una constante agonía, en la desesperación, y por último, morir atormentados por la sed de los placeres».

Y D. Santiago Ojea, en su tratadito acerca de la Encíclica y los católicos escribe:

Los ricos proclamaron, como gloriosa conquista, las libertades modernas de conciencia, imprenta y asociación, quitando la propiedad a la Iglesia; y los pobres, lógicos, sin haber estudiado a Aristóteles, se han encargado de sacar las consecuencias legítimas, diciendo: Con la libertad de conciencia, decimos que la propiedad es un robo; con la de imprenta, esparcimos esta enseñanza por todo el universo; y por la de asociación, nos organizamos, sumamos nuestras fuerzas, y nos aprestamos para despojarnos de vuestros bienes, como vosotros lo hicisteis con el patrimonio de los pobres depositado en la Iglesia. Si llega este momento espantable, y el cataclismo hace retremblar al mundo, ¿nosotros los creyentes sólo nos queda levantar los ojos al cielo y decir: ¡Justicia de Dios!!!

¡Ah! No; he dicho mal. Réstanos, con el corazón lleno de angustiosa pesadumbre, elevar nuestras preces a Aquel de quien todo bien procede, a Aquel de quien es propio compadecerse y perdonar, y rogarle por la sangre preciosísima de su Unigénito Hijo Jesucristo, que tenga compasión de ricos y pobres, y que abra los ojos de su entendimiento, para que todos, cobijados bajo el manto hermoso de nuestra Madre la Iglesia, vean claro que por ella los individuos y los pueblos son grandes, justos y dichosos; que ella establece y reparte los bienes sobre la tierra, y que ella, y sólo ella, está llamada a curar todos los males y a granjearnos y asegurarnos todos los verdaderos bienes, en tiempo y eternidad.

Efectivamente; el socialismo lucha con gigantesco esfuerzo para obtener la felicidad, y no es extraño que tan grandioso, al par que halagüeño objeto, despierte un fanatismo inquebrantable. El mismo liberalismo ha dado el primer impulso. Pero uno y otro desconocen la principal condición de la felicidad, la virtud, y llevan en su seno la fatídica fuerza que sin cesar corroe y destruye su obra, el pecado.

La tierra no es ni puede ser morada de felicidad; y por más esfuerzos que hagan ciertos visionarios, no dejará de luchar el hombre durante toda su vida con sus necesidades, con el pecado y con la violencia de las pasiones. Lo cierto y seguro es, que únicamente el que en sus acciones tenga presente esos factores, edificará sobre duradera base.

PARRAFO IV

Importancia del sacerdocio católico en la solución de la cuestión social.

De lo que acabamos de indicar se desprende la absoluta necesidad del Sacerdote católico para resolver el pavoroso problema social. Como la cuestión social es una cuestión intrínsecamente moral y religiosa, de aquí la importancia y necesidad del Sacerdote católico, que desde la cátedra del Espíritu Santo, en nombre de Jesucristo, expone la verdad, defiende la justicia y enseña a todas las clases sociales los caminos de la vida. Recuerda al hombre su sublime dignidad de cristiano, su último fin, el cumplimiento de sus deberes para alcanzarlo, y amonesta a todos a que no se dejen arrastrar por los bienes de la tierra, sino que principalmente tengan fijos sus ojos y corazón en el cielo: *Non habemus hic manentem civitatem*, dice San Pablo. Antes de Jesucristo hubo, sí, Academias, tanto en Roma como en Grecia, pero no púlpito católico desde donde se predica en nombre de Dios la

ley moral a los hombres todos, lo mismo a los ricos que a los pobres, a los sabios que a los ignorantes, a los reyes, emperadores y presidentes de repúblicas, que a los súbditos, vasallos ó ciudadanos; y esto con autoridad, sin respetos humanos y sin aceptación de personas. La tribuna sagrada es una institución de la Iglesia católica, y desde ella los Prelados y los Sacerdotes han esparcido por el universo entero la verdad y la justicia. «Quitad—repetía con frecuencia el venerable cura de Ars,—quitad al cura de la parroquia durante veinte años, y veréis que los hombres adorarán a las bestias». Bien podía añadir que transformados en bestias feroces se devorarían mutuamente. Con mucha razón exclamaba el sabio sacerdote Hitze en el Congreso de Breslau: «El obrero que no cree en la otra vida, no se hallará jamás contento y satisfecho». Pero ¿quién puede hoy predicar aún el deber y la abnegación a nuestra sociedad tan corrompida y gangrenada, sino la Iglesia católica, el clero y las órdenes religiosas? Una hermana de la caridad ejercerá más influencia en un alma endurecida, que diez profesores de Economía política desde su clase. Donde el Sacerdote nada puede, es enteramente inútil la autoridad civil: ésta no restablecerá el orden trastornado. Por esta razón el elocuente cura párroco Winterer, el R. P. Ludovico de Besse, y los sabios obispos de Tréveris Mgr. Kormu y el auxiliar de Colonia Mgr. Fischer, han insistido en los Congresos sociales de Lieja de 1886, 1887 y 1890, en la absoluta necesidad del Sacerdote católico para resolver la cuestión social, queriendo que penetre en los talleres, agrupe a las obreros y se ocupe prácticamente en su educación y porvenir en la sociedad y en el mundo.

Así hablaba Winterer:

La principal causa del socialismo es el materialismo de una vida sin Dios. La corriente materialista de nuestra época ha producido los abusos del capitalismo; siendo éstos la causa de la indignación popular y la inextinguible sed que se ha despertado en el pueblo de goces materiales. Se ha negado la existencia del cielo y se ha proclamado el goce material y sensual como el fin supremo de la vida. El socialismo ha aceptado este dogma y pide la igualdad de placeres para todos, reclamando el derecho de las masas en el banquete de la vida material. ¡Con qué gritos de impaciencia no manifiestan los socialistas la sed que tienen de goces materiales, tanto en sus escritos como en sus congresos! Aquí es donde tiene la Iglesia indicado su lugar, porque solamente ella tiene el poder de oponer un dique a este torrente devastador; sólo ella puede inspirar a los ricos y pobres del siglo XIX un *sursum corda* regenerador. Que el sacerdote salga, pues, de su Iglesia y vaya a recordar a unos el cristiano nombre de patronos, y consuele y ayude a los proletarios contra la dureza y avaricia de los ricos, que no son verdaderos patronos. ¿Quién conoce mejor al pobre obrero que el sacerdote?... El más humilde vicario de la ciudad industrial en donde yo habito ha enjugado más lágrimas de los pobres obreros que el más activo jefe del socialismo.

El elocuente obispo de Tréveris Mgr. Korum, hablando de las asociaciones de obreros católicos fundadas por Kolping, las presenta ante los Congresos de Lieja como formando una sola familia cristiana.

De ordinario el sacerdote ocupa en ellos la presidencia, pero ésta no excluye

la colaboración del obrero, todo lo contrario; es absolutamente indispensable que el obrero trabaje con nosotros, que juntamente arreglemos sus intereses, y que discutamos con ellos las condiciones de su existencia. Se les predica incansablemente que nosotros queremos explotarlos, que nuestra caridad es interesada, que deben desconfiar de nuestras intenciones y hasta de nuestros beneficios. Así verán y se convencerán, observándonos en el trabajo de la Asociación, que en lugar de ser explotadores no queremos sino ser padres, y que todos nuestros trabajos y esfuerzos no tienden sino á favorecer su situación material, conservándoles su corazón cristiano ó devolviéndoles la fe que han perdido. En estas reuniones se les instruye en el Catecismo, pero no nos limitamos á esto solamente. En la diócesis de Tréveris tenemos 28 asociaciones de obreros católicos, y en ellas se da por el sacerdote cada semana una conferencia, ya de asuntos religiosos, ya de cuestiones económicas. Con esto se consigue que el obrero no pase al campo socialista. Los presidentes y directores de estas asociaciones se reúnen cada año bajo la presidencia del señor Obispo, y después de dar cuenta cada director del estado de la asociación respectiva, se lee un trabajo acerca de las cuestiones sociales encaminado al mejoramiento de la clase obrera. El sacerdote debe estudiar con sumo cuidado esta clase de cuestiones; debe tratar de resolverlas, y después de un maduro examen debe defenderlas con fuego y entusiasmo. Si él no las discute y resuelve, serán discutidas y resueltas por los socialistas, y el pobre obrero, en lugar de aprender las enseñanzas de la verdad y de la paz, aprenderá el desorden y la revolución.

Entre nosotros el sacerdote se dedica con asiduidad al estudio de estas delicadas cuestiones, pudiendo de este modo, instruyendo al obrero, evitar que le seduzcan las doctrinas socialistas. Lo que frecuentemente repite el sacerdote al pobre obrero es, que el socialismo intenta engañarle para explotarle mejor. Esto es indispensable repetirlo todos los días, porque los pobres operarios no han cesado de ser explotados por los jefes de los socialistas, jefes numerosos, sí, pero no convencidos, porque éstos son tan escasos en número, que, por decirlo así, todos podrían caber en un *ómnibus*.

Es, pues, necesaria, en la época presente, la intervención del clero en el grave conflicto social y necesidades de la clase obrera; y puesto que leyes impías ó decretos masónicos tratan ó han tratado de encerrar al sacerdote católico en el recinto de las iglesias como en otras catacumbas, es muy justo reivindicar para él los derechos que tiene de predicar el Evangelio á todas las gentes y de buscar á los que no suelen acercarse á nuestros templos. «Cuando el sacerdote no sale ya de su Iglesia—ha dicho un elocuente escritor—el espíritu cristiano sale de la sociedad».

CAPITULO III

Segunda causa de la cuestión social.—Individualismo

La segunda causa de la cuestión social es el individualismo. En esta causa comprendemos la 1.ª, 3.ª y 5.ª señaladas por el Romano Pontífice León XIII, porque, como veremos, el individualismo proclamado por la Revolución francesa las incluye todas.

Para comprender bien esta segunda causa, conviene recordar la antigua organización social cristiana, fundada en el precepto de la caridad legado por Nuestro Señor Jesucristo. Un año había transcurrido desde que nuestro divino Redentor prometió solemnemente en la sinagoga de Cafarnaüm la institución de la Eucaristía, y se acercaba ya por momentos el día de la pascua judaica: la hora de la pasión señalada por Dios se llegaba, y en ella se iban á realizar y cumplir todas las promesas y misterios. Jesús escoge á sus dos discípulos predilectos y les dice: *Id á preparar lo necesario para comer la pascua*. Les indica una gran sala tapizada, para enseñarnos—afirman los intérpretes—el cuidado con que deben estar adornados los sitios destinados á la celebración de este sublime misterio; de manera que en la institución de la Eucaristía Jesús no quiso aparecer pobre. Reunido en el cenáculo con sus doce discípulos, multiplica allí los prodigios de virtud y de mansedumbre, para preparar á sus discípulos y acreditar de este modo el más sublime misterio de su omnipotencia que iba á realizar, la institución de la Eucaristía. Después de la cena legal (*Joann XII, 4*) «elevátese de la mesa Jesús y quitase sus vestidos: y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese á lavar los pies á sus discípulos y á limpiarlos con la toalla que se había ceñido... (*Ibid. 14*) y abriendo sus divinos labios les dice: *Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies unos á otros*.

Después Jesús manifiesta en un largo discurso la ternura y mansedum-